

El vestido nuevo del reformismo: Crítica a la hipótesis del «neofeudalismo»

POR ALBA G. FERRÍN

Durante las dos primeras décadas del siglo XXI, el debate sobre la transformación del capitalismo ha quedado marcado por la emergencia de categorías como neofeudalismo y tecnofeudalismo. Estos conceptos han buscado dar cuenta de las tendencias crecientes de concentración del poder económico, político y tecnológico, así como de la expansión de nuevas formas de relaciones sociales que emergen bajo diversos regímenes de vigilancia y extracción de datos. Estas teorías, en su diversidad, comparten un diagnóstico: el modo de producción que rige nuestras vidas habría entrado en una fase en la que las categorías clásicas de la crítica de la economía política capitalista ya no resultarían suficientes para describir las nuevas formas existentes de dominación. Frente al capitalismo industrial y fordista, basado en la explotación directa del trabajo asalariado, las formas actuales de producción y distribución estarían estructuradas, según estas teorías, por mecanismos de extracción de valor que no dependen del trabajo vivo, sino del control de la información, los datos y las infraestructuras tecnológicas, hasta el punto de que ya no cabría en rigor hablar de capitalismo, sino que nos encontraríamos ante una nueva forma de feudalismo.

Cabe señalar que no nos encontramos ante un debate confinado a las paredes de la Academia. La dupla tecnofeudalismo/neofeudalismo no solo ha entrado al *mainstream* a través de los grandes medios de comunicación progresistas —como *The*

Guardian o *El País*— y su difusión por parte de «estrellas» de la socialdemocracia global como el exministro de finanzas griego Yannis Varoufakis, sino que se encuentra en el núcleo mismo de la nueva propuesta estratégica del que es a día de hoy el más pujante —e intelectualmente sofisticado— de los partidos del reformismo radical europeo: la Francia Insumisa de Jean-Luc Mélenchon. La obra *Nouvelle Peuple, Nouvelle Gauche*, editada por el *think tank* de Francia Insumisa (el Institut La Boétie) a modo de fundamento teórico de la actividad del partido, respalda su proyección estratégica sobre estos conceptos, lo que ha elevado el debate sobre los mismos a un nuevo grado de relevancia y crudeza.¹ En las últimas semanas, el propio Mélenchon ha cargado contra unos críticos que no solo han señalado las flaquezas teóricas de la narrativa del retorno al feudalismo, sino que han señalado la adopción de esta por parte de Francia Insumisa como ejemplo de su renuncia reformista a un programa de ruptura con el capitalismo.

Pues a pesar del entusiasmo y la cólera de Mélenchon, el diagnóstico que fundamenta los conceptos de neofeudalismo/tecnofeudalismo encierra varios errores. No solo porque tiendan a disolver el concepto de valor como relación social fundada en el trabajo humano —reemplazándolo por concepciones idealistas del valor como acceso a la información o capacidad de control—, sino porque también tienden a confundir las transformaciones formales de la acumulación capitalista con

1. Ver VV. AA., *Nouvelle Peuple, Nouvelle Gauche*, Éditions Ámsterdam, París, 2025; Mozorov, Evgeny, «Le numérique nous rámene-t-il au Moyen Âge?», *Le Monde Diplomatique*, agosto de 2025; Lordon, Fréderic, «La France Insoumise est-elle anticapitaliste», *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2025; Salles-Papou, Antoine, «La France Insoumise est-elle anticapitaliste? Réponse à Fréderic Lordon», *Contratempo: Revue de Critique Communiste*, noviembre de 2025.

una ruptura estructural de sus leyes fundamentales, ignorando que el plusvalor continúa siendo generado por el trabajo vivo, aunque canalizado o acumulado por dispositivos tecnológicos (como explicaré en detalle más adelante). Además, también desplazan el eje del conflicto político —la contradicción entre capital y trabajo— hacia oposiciones más difusas entre élites y multitudes precarizadas, erosionando así la noción de sujeto revolucionario y sustituyéndola por figuras sociológicas fragmentadas o puramente afectivas.

Siguiendo este hilo, podríamos decir que tanto el neofeudalismo como el tecnofeudalismo pueden entenderse como expresiones ideológicas del capitalismo contemporáneo más que como descripciones de su superación. Estas categorías, al enfatizar la servidumbre tecnológica o la concentración de poder, capturan características observables y representativas del capitalismo digital, pero lo hacen a través de una incapacidad analítica que resulta desconcertante. De esta forma, en vez de la crítica de la economía política, desplazan el análisis hacia una especie de esfera de la circulación, el consumo o la regulación, alineándose con las derivas socialdemócratas y posmarxistas que sustituyen la lucha de clases por políticas de reconocimiento, redistribución o democratización tecnológica.

Los párrafos que expongo a continuación pretenden dar una lectura crítica de las teorías del neofeudalismo y del tecnofeudalismo desde el marco conceptual del marxismo. Mi intención en este artículo es argumentar que el valor continúa teniendo como fuente exclusiva el trabajo humano, que las transformaciones digitales no alteran la lógica fundamental de la acumulación capitalista y que las teorías neo y tecnofeu-

dalistas intentan promover una crisis más amplia del sujeto político revolucionario, visible en la deriva afectiva o simbólica de muchas de las apuestas políticas de la actualidad.

La línea que me gustaría que guiase esta reflexión es bastante simple. Las teorías del neofeudalismo y del tecnofeudalismo, lejos de anunciar una ruptura con el capitalismo, constituyen formas ideológicas que reflejan su fase actual. Así, recuperar la crítica marxista del valor, de la acumulación y la necesidad de una especificación del sujeto político no implica negar la novedad de las formas digitales de dominación, sino comprenderlas y releerlas en la lógica del capital, restituyendo así las condiciones teóricas para una praxis emancipatoria que no se limite a administrar el presente, sino que aspire a su superación histórica.

DEFINIENDO CONCEPTOS: DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE «NEO» Y «TECNOFEUDALISMO»

Hablar del neofeudalismo nos redirige directamente a Jodi Dean, quien lo define como la consolidación de élites económico-financieras con tendencias monopolísticas que acumulan poder a través de mecanismos de control estructural,² tales como la precarización del trabajo, la financiarización de la economía y la privatización de los bienes comunes.³ Este proceso reproduciría una estratificación social similar a la medieval, en la que grandes sectores de la población queda-

2. DEAN, JODI. «Introduction: Capital's Grave», en *Capital's Grave*, Verso Books, Londres, 2025, pp. 37-8.

3. *Ibid.*

rían subordinados a redes de dependencia económica y política, carentes de autonomía real frente a los nuevos «señores» corporativos y estatales.⁴

Por su parte, el tecnofeudalismo, concepto desarrollado por Yanis Varoufakis, describe un estadio posterior en el que el poder se concentra en torno a las grandes corporaciones tecnológicas —como Google, Amazon, Meta o Apple—, cuyo control no se basaría únicamente en la propiedad de los medios de producción, sino en el control y el valor producido por los datos, los algoritmos y las infraestructuras digitales.⁵ Estas empresas ejercerían una forma de soberanía que redefiniría las relaciones laborales, el acceso a la información y las formas de subjetividad, instaurando un régimen de dependencia digital y vigilancia algorítmica que trascendería las fronteras del mercado tradicional.

En síntesis, mientras el neofeudalismo describe una reconfiguración del capitalismo neoliberal en clave de servidumbre económica y política, el tecnofeudalismo representa una mutación de dicho sistema hacia un orden dominado por el poder tecnodigital, donde la extracción de datos sustituye al plusvalor industrial como principal fuente de acumulación. Esta distinción resultaría fundamental para comprender las nuevas formas de dominación en la era de la economía digital y la gobernanza algorítmica.

En rigor, las categorías de neofeudalismo y tecnofeudalismo plantean diversos problemas teóricos y políticos de carácter tanto táctico como estratégico, que afectan directamente a

4. *Ibid.*

5. VAROUFAKIS, YANIS. *Technofeudalismo: ¿Qué mató al capitalismo?* Deusto, Barcelona, 2021, pp. 60-3.

nuestra comprensión del capitalismo como comunistas y a las estrategias revolucionarias derivadas de dicho análisis. Desde nuestra perspectiva como marxistas, la definición del capitalismo se fundamentaría en la centralidad del modo de producción como estructura determinante de las relaciones sociales. En este marco, toda forma de dominación social y política se explica, en última instancia, por las relaciones de producción capitalistas y la dinámica de la acumulación de plusvalor.

Así, tanto el concepto de neofeudalismo como el de tecnofeudalismo introducen un desplazamiento problemático respecto de esta base teórica sobre la que nosotras nos orientamos.

SOBRE LA PRODUCCIÓN DE VALOR EN LAS PLATAFORMAS DIGITALES

Uno de los pilares fundamentales de la crítica de la economía política de Karl Marx consiste en la distinción entre el valor de uso y el valor de cambio, así como en la demostración de que la sustancia del valor es el trabajo humano abstracto. En *El Capital* Marx argumenta que, en el modo de producción capitalista, el valor de las mercancías no proviene de su utilidad ni de su forma material, sino del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas.⁶ Esta concepción del valor implica que solo el trabajo humano vivo —es decir, la actividad productiva que transforma la naturaleza mediante el gasto de fuerza de trabajo— es capaz de generar nuevo valor.⁷

6. MARX, KARL. *El Capital. Obra Completa*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2017.

7. *Ibid.*

En este marco los medios de producción, las máquinas o las tecnologías no crean valor de manera autónoma: únicamente transfieren al producto el valor que ya poseen, derivado del trabajo pasado⁸ —lo que Marx denomina trabajo muerto u objetivado—. La máquina, al igual que la infraestructura o el capital fijo, no produce plusvalor por sí misma; su función es aumentar la productividad del trabajo vivo, reduciendo el tiempo necesario de trabajo y, por tanto, ampliando la porción de trabajo no remunerado que el capitalista puede apropiarse.⁹

Esta distinción —entre trabajo vivo creador de valor y trabajo muerto que lo transfiere— es crucial para comprender por qué, desde el marxismo, conceptos como el tecnofeudalismo resultan problemáticos. La tesis de que los algoritmos, los datos o las plataformas digitales habrían sustituido al trabajo como fuente de valor contradice el núcleo de la teoría marxista del valor. Los datos, por sí mismos, no son portadores de valor en el sentido marxista: carecen de la mediación del trabajo humano directo. Solo cuando la producción, el procesamiento o la utilización de esos datos implica la intervención de trabajo humano —por ejemplo, en el mantenimiento de servidores, la moderación de contenidos, la programación o la generación de información útil para la valorización del capital—, puede hablarse de la creación de valor y, por tanto, de plusvalor.

En los *Grundrisse*, Marx anticipa este problema al analizar la automatización creciente del proceso productivo.¹⁰ Allí señala que, aunque el desarrollo tecnológico tiende a reducir la

8. MARX, KARL. *Grundrisse. Fundamentos de la crítica de la economía política*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2018.

9. *Ibid.*

10. MARX, KARL. *Grundrisse. Fundamentos de la crítica de la economía política*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2018.

proporción de trabajo vivo en la producción, el capital no puede prescindir de él completamente, porque solo el trabajo vivo es aquel que «acrecenta la riqueza».¹¹ Esta afirmación implica que, aun en un contexto de alta digitalización o automatización, el capital sigue dependiendo del trabajo humano como fuente de valorización.

Por ello, el supuesto «fin del trabajo» proclamado por ciertas teorías del capitalismo digital o del tecnofeudalismo constituye una ilusoria inversión de las relaciones reales. Lo que ocurre en el capitalismo de plataformas no es la abolición del trabajo como fundamento del valor, sino su invisibilización y fragmentación en nuevas formas: trabajo de datos [*data labor*], mantenimiento del algoritmo, creación de contenidos, etc. Todos estos procesos son manifestaciones contemporáneas del trabajo vivo, aunque mediadas por tecnologías que tienden a ocultarlo bajo la apariencia de automatización o autonomía técnica.

Uno de los problemas de las teorías que explican el tecnofeudalismo radica, por tanto, en que al atribuir a la tecnología un poder productivo independiente, fetichizan los medios de producción digitales, reproduciendo en el plano teórico lo que Marx denomina el fetichismo de la mercancía en el plano económico.¹² En este fetichismo, las relaciones sociales entre personas aparecen como relaciones entre cosas; del mismo modo, en la ideología tecnofeudalista, las relaciones de explotación entre clases se presentan como una dependencia impersonal frente a los algoritmos o las plataformas. Desde la

11. *Ibid.*

12. MARX, KARL. *El Capital. Obra Completa*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2017.

crítica marxista, esta inversión ideológica no es meramente conceptual, sino que cumple una función política: oculta la continuidad de la explotación capitalista y desactiva la posibilidad de una conciencia de clase orientada a la transformación de las relaciones de producción —el trabajo como contradicción con el capital—.¹³

Desde esta óptica, el concepto de tecnofeudalismo tendería a confundir cuestiones como la dominación política con la explotación económica, atribuyendo a las plataformas digitales una soberanía casi absoluta que, si bien real en el plano del control cultural y social, no reemplaza las relaciones capitalistas de producción. En consecuencia, al desplazar el foco de la explotación hacia la vigilancia o la dependencia tecnológica, el discurso tecnofeudalista corre el riesgo de debilitar la centralidad del proletariado como sujeto revolucionario y de sustituir la lucha de clases por una oposición más difusa entre usuarios y corporaciones.

EL NEOFEUDALISMO Y EL DEBATE SOBRE LA ACUMULACIÓN

Por otro lado, en lo que tiene que ver con el neofeudalismo, este ha sido empleado por diversos autores para describir una supuesta regresión del capitalismo hacia estructuras de dominación más personalizadas, jerárquicas y rentistas, donde la riqueza y el poder se concentran en pequeñas élites que controlan los recursos materiales, financieros y territoriales. No obstante, esta descripción debe ponerse en relación con los

13. MARX, KARL. *Grundrisse. Fundamentos de la crítica de la economía política*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2018, p.

debates sobre la acumulación del capital, ya que el modo de producción capitalista se define precisamente por su dinámica de acumulación continua y por la expansión de las relaciones de valor a nuevas esferas de la vida social.

En *El Capital* Marx define la acumulación como el proceso mediante el cual el plusvalor generado por la explotación del trabajo asalariado se reinvierte en la producción, ampliando así la escala del capital y reproduciendo las condiciones de dominación de clase.¹⁴ La acumulación de capital es, por tanto, un movimiento endógeno del capital, que tiende a la concentración y centralización de la riqueza. Así, no puede hablarse de «feudalización» en un sentido estructural, ya que las relaciones de producción permanecen capitalistas mientras el plusvalor —y no la renta o la coerción personal— constituya el fundamento de la apropiación del excedente social.

Desde esta perspectiva, lo que muchos autores denominan neofeudalismo podría entenderse, en realidad, como una fase específica de la acumulación capitalista, en la cual la dominación rentista y la financiarización adquieran un papel decisivo.¹⁵ Los ya mencionados Jodi Dean y Varoufakis señalan que la economía contemporánea se estructura en torno a la extracción de rentas —financieras, inmobiliarias o aquellas que provienen de los datos y la información— más que a la producción directa de valor. Sin embargo, estas formas de renta no implican una superación del capitalismo, sino un reajuste interno de su dinámica de acumulación de capital: la

14. MARX, KARL. «La ley general de la acumulación capitalista», en *El Capital. Obra Completa*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2017, p.

15. DEAN, JODI. «What the *Grundrisse* tells us about Uber», en *Capital's Grave*, Verso Books, Londres, 2025, p. 59.

valorización continúa dependiendo del trabajo humano, aunque mediada por mecanismos cada vez más indirectos de extracción de plusvalor.¹⁶

En este sentido, es útil lo que dice William Clare Roberts para entender los errores en la rigidez de la comprensión de las dinámicas del capitalismo:

Los mecanismos y la dinámica de la explotación capitalista derivan de la dominación impersonal del mercado de trabajo, no de la dominación personal del monopolista local. Por ende, la explotación capitalista es abierta y flexible, en lugar de conservadora y tradicional, y contiene un impulso hacia el trabajo excesivo que no caracterizaba a las formas anteriores de explotación. La acumulación capitalista mediante la explotación es una novedad histórica.¹⁷

El problema del concepto de neofeudalismo, pues, radicaría en que tiende a confundir el dominio rentista del capital con un retorno a relaciones premodernas de dependencia personal. En el capitalismo caracterizado como neoliberal, las formas de servidumbre —deuda, precariedad, vigilancia— no constituyen una regresión al feudalismo, sino la intensificación de la acumulación capitalista por medios extraeconómicos que no tienen por qué implicar, necesariamente, una salida de las dinámicas del capitalismo.¹⁸ Marx ya había identificado este fenómeno en la llamada acumulación originaria, donde la

16. MARX, KARL. *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 53.

17. ROBERTS, WILLIAM C. «What Was Primitive Accumulation? Reconstructing the Origin of a Critical Concept», en *European Journal of Political Theory*, vol. 19, n.º 4, SAGE Publications, London, 2020, pp. 452-68 (traducción propia).

18. *Ibid.*

violencia, la coerción estatal y la expropiación desempeñaban un papel fundamental en la creación de las condiciones del trabajo asalariado.¹⁹

La apariencia de feudalización —expresada en la concentración patrimonial, la dominación oligárquica y la pérdida de derechos sociales— es, en realidad, el resultado de una acumulación capitalista que ha agotado sus fronteras productivas y se expande mediante la desposesión. Así, todos los fenómenos que la categoría de neofeudalismo mistifica deben ser reinterpretados dentro de la dialéctica de la acumulación capitalista y de su tendencia a reproducir, bajo nuevas formas, las condiciones de su propia crisis.

Aún más: la dupla teórica tecnofeudalismo/neofeudalismo oscurece por defecto el fenómeno más determinante de nuestro presente: la crisis histórica del capital. Al pretender que las mutaciones del capitalismo en las últimas décadas —financiarización, digitalización, automatización, desindustrialización, etc.— habrían dado lugar a un nuevo modo de producción de pleno derecho, se ciegan ante lo realmente decisivo: que estas transformaciones *expresan y exacerbان* los dilemas de un capitalismo cada vez más incapaz de reproducir a niveles adecuados aquello que lo propulsa (la extracción de plusvalor mediante la explotación del trabajo vivo). Es precisamente la tendencia del capital a revolucionar los procesos productivos mediante la expulsión del trabajo vivo —sustituido por una maquinaria cada vez más automatizada— lo que socava el mecanismo de extracción de plusvalor, desplomando la rentabilidad de las inversiones productivas e impulsando

19. MARX, KARL. «La llamada acumulación originaria», en *El Capital. Obra Completa*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2017.

con ello al capital hacia la especulación, el rentismo y la pugna por apropiarse de diversos modos del plusvalor ya producido, sin llegar a producir nueva.

Así, estos mecanismos tienen por único resultado engordar los ya abultados bolsillos de sus propietarios a costa del resto de la sociedad, agigantando de paso la presión sobre una dinámica productiva ya seriamente gripada —como puede comprobarse en la burbuja especulativa generada en torno a una inteligencia artificial cuya capacidad para aumentar realmente la productividad aún está por probar—. De ahí que su hegemonización no se haya visto acompañada por un aumento real de las tasas de crecimiento o ganancia, sino que, por el contrario, haya acompañado su declive progresivo —cristalizado en el descenso permanente de las tasas de crecimiento globales década tras década a partir de los años 70—. En otras palabras: los fenómenos que la dupla conceptual neofeudalismo/tecnofeudalismo nombra confusamente no son expresiones de un nuevo modo de producción en victorioso avance —lo que implicaría ser capaz de desarrollar realmente las fuerzas productivas—, sino expresiones de la profunda crisis histórica del capital, del todo incapaces de revertirla.

UNOS APUNTES SOBRE EL DESDIBUJAMIENTO DEL SUJETO POLÍTICO

Por consecuencia lógica, si los cimientos de unas teorías son erróneos, sus conclusiones lo serán también. Así, la tercera problemática que se encuentra en las interpretaciones neofeudalistas y tecnofeudalistas radica en el desplazamiento del

sujeto histórico de la transformación social (revolución, para las comunistas). En ambas visiones, el eje del conflicto se reconfigura: ya no se expresa como la contradicción estructural entre la burguesía y el proletariado, sino como una oposición más difusa entre élites de poder —que podrían ser financieras, tecnológicas o estatales— y una masa heterogénea de individuos precarizados, endeudados o vigilados. Este cambio de paradigma implica un cuestionamiento profundo de la noción de clase trabajadora como sujeto, lo que genera evidentes tensiones con la teoría y la praxis revolucionaria.

En el caso del neofeudalismo, en *Capital's Grave*, Jodi Dean otorga un protagonismo central al sector de servicios, en particular aquellos vinculados a la comunicación, la información, la educación y la cultura digital, considerando que estos constituyen el núcleo de la precarización y de la extracción de valor en el capitalismo contemporáneo.²⁰ La atención exclusiva a los servicios como eje de explotación promueve una redefinición del conflicto social que, en última instancia, privilegia medidas reformistas por encima de la transformación general de las relaciones de producción. Esta aproximación puede llevar a reivindicar el reforzamiento del papel del Estado como mediador necesario entre capital y trabajo, en una función principalmente gestora y reformista, encargada de administrar la precariedad y garantizar la cohesión social, más que de ser cuestionado o transformado como instrumento de dominación de clase.

De este modo, la centralidad del sector servicios en el análisis de Dean podría llegar a reproducir la misma limitación de corrientes como el eurocomunismo: la neutralización

20. DEAN, JODI. «The servant vanguard», en *Capital's Grave*, Verso Books, Londres, 2025, p. 272

del antagonismo de clase a través de la intermediación estatal en pos del bienestar. El Estado capitalista deja de ser concebido como una forma del dominio burgués a ser superada o transformada, y se convierte en el garante de la redistribución simbólica y de la regulación de los sectores precarios. Esta revalorización del Estado, sumada a la focalización en servicios, tiene el efecto de desplazar la lucha política hacia la esfera de la ética, la gestión y la cohesión afectiva, dejando de lado la crítica de la economía política y la transformación de las relaciones de producción.

Dicha fragmentación del sujeto político tiene consecuencias políticas profundas. Al desplazar la centralidad de la clase trabajadora por las formas citadas previamente, el conflicto social se desplaza de la producción a la circulación, y la política se redefine en términos de redistribución, reconocimiento o regulación. Así, esta mutación traduce la crisis del proyecto revolucionario a formas reformistas o moralizantes de resistencia, más cercanas a la tradición socialdemócrata o movimiento. Demandas como podrían ser las de renta básica, justicia fiscal o control democrático de las plataformas, aunque progresistas, no cuestionan el principio de la valorización del valor, sino que buscan mitigar sus efectos, reforzando así el horizonte del capitalismo gestionado.

En el plano del tecnofeudalismo el desplazamiento del sujeto político adquiere una dimensión aún más problemática. Al concebir el poder contemporáneo como una dominación ejercida por las infraestructuras digitales —plataformas, algoritmos, redes de datos—, el antagonismo social se redefine como una tensión entre el «usuario» y el «sistema»,

o entre el «ciudadano digital» y los «nubelistas». ²¹ En este marco, el sujeto político ya no es el trabajador desposeído y explotado en el proceso de producción, sino el consumidor vigilado o el productor involuntario de datos. Esta sustitución constituye, así, una forma de fetichismo: la dominación aparece como técnica o algorítmica, cuando en realidad sigue siendo una relación social de explotación mediada por la tecnología.

Aún más: las contradicciones que esto genera con respecto al sujeto político quedarían también reflejadas a un mayor nivel de profundidad en la cuestión del partido que se encuentra en las obras más recientes de Jodi Dean. Si bien Dean busca revalorizar la figura de un supuesto partido comunista frente a la dispersión posmarxista, su concepción de este tiende a adquirir un carácter afectivo y simbólico más que material.²² Tanto en *Camarada* como en *Capital's Grave*, Dean define el partido como una forma de pertenencia emocional y de identificación política colectiva, un espacio de afectos y lealtades en un momento de crisis de pertenencia y ansiedad casi ambiental,²³ más que una estructura orgánica de la clase organizada en torno a un programa. Esta formulación es problemática, pues deshistoriza la función del partido: deja de ser una mediación necesaria entre la conciencia de clase y la praxis revolucionaria para convertirse en una comunidad de afectos frente al vacío político contemporáneo.

21. VAROUFAKIS, YANIS. *Technofeudalismo: ¿Qué mató al capitalismo?* Deusto, Barcelona, 2021, p. 157.

22. DEAN, JODI. «The subject supposed to care», en *Capital's Grave*, Verso Books, Londres, 2025, p. 245.

23. *Ibid.*

La crítica se profundiza al contrastar esta visión con la teoría clásica del partido comunista. Como señala Mario Aguirriano, para encabezar un proceso revolucionario el partido debe ser capaz de organizar la lucha de clases del proletariado, explicar cada realidad y coyuntura desde los principios del socialismo, poner en todo momento sobre la mesa los objetivos finales del movimiento, formular políticas socialistas para todos los ámbitos de la sociedad y dominar los medios de lucha necesarios.²⁴ La política comunista requiere, además, hegemonizar la conciencia socialista, en perpetua confrontación con la cosmovisión burguesa, y solo un partido como colectivo político organizado, arraigado en la clase y sostenido por la teoría socialista puede acometer esta tarea de forma sistemática.

Desde esta perspectiva, la propuesta de Dean presenta múltiples tensiones: al sustituir la organización política de la clase por la afectividad y la pertenencia simbólica, se erosiona la capacidad del partido para cumplir con su función histórica de mediación entre la conciencia y la praxis. La centralidad de los afectos, lejos de fortalecer la cohesión del sujeto político, puede fragmentar la lucha de clases y desplazarla hacia formas reformistas o moralizantes de acción, donde la movilización se orienta a la expresión de sentimientos y a la solidaridad simbólica más que a la transformación de las estructuras económicas y sociales.

Por resumir, tanto el neofeudalismo como el tecnofeudalismo participan de una tendencia antimarxista a idealizar la esfera de la circulación y del control simbólico en

24. AGUIRIANO, MARIO. «¿Qué (des)hacer? Sobre la necesidad del Partido», en *Marx XXI III— Independencia política* (colección Marx XXI), Madrid, 2024, pp. 223-47.

detrimento de la esfera de la producción. Al centrar la atención en fenómenos como la deuda, la vigilancia o el poder del algoritmo, estas teorías desplazan la crítica de la explotación del trabajo vivo —núcleo de la crítica de la economía política— hacia una crítica casi únicamente cultural y social del poder. Este giro diluye la noción de clase en una multiplicidad de demandas democráticas articuladas discursivamente, resultando en la transformación del antagonismo estructural del capital en un conjunto de conflictos simbólicos o normativos que el sistema puede absorber mediante mecanismos de inclusión, reforma o regulación.

Es importante comprender que este desplazamiento implica una neutralización de la praxis revolucionaria: al perder de vista la centralidad del trabajo en la producción del valor, la crítica se desvincula de cualquier análisis marxista y vinculado a la crítica de la economía política y se convierte en una política de los afectos o de carácter populista indefinido. En resumidas cuentas, el neofeudalismo y el tecnofeudalismo reproducen las limitaciones teóricas del posmarxismo y del reformismo socialdemócrata: ambas desplazan el eje de la lucha de clases, sustituyen al proletariado por figuras fragmentadas o de carácter sociológico y despolitizan el conflicto capital-trabajo, pudiendo llegar a dotar al Estado de un carácter casi benévol o, al menos, neutral. Al hacerlo, terminan actuando como expresiones ideológicas del capitalismo tardío, que naturalizan sus formas tecnológicas de dominación al tiempo que debilitan la posibilidad de un sujeto colectivo capaz de trascenderlas.

CONSECUENCIAS

No se podría acabar este artículo sin señalar que las problemáticas de las interpretaciones neofeudalistas o tecnofeudalistas no permanecen limitadas al plano únicamente conceptual: estas encuentran su expresión directa en las políticas económicas y sociales implementadas en el mundo en las últimas décadas. La gestión política del capitalismo digital y financiero contemporáneo, tanto a escala de la Unión Europea como de los diversos Estados que la componen, ofrece ejemplos paradigmáticos de la deriva socialdemócrata y posmarxista que identificamos como síntomas de la neutralización de la lucha de clases en el seno de las democracias capitalistas del centro imperialista.

Esto se ve materializado en políticas concretas, como en el caso de las políticas de digitalización y regulación de plataformas, en particular el *Digital Markets Act* y el *Digital Services Act* impulsados por la Comisión Europea entre 2020 y 2022. Estas normativas buscan limitar el poder monopolístico de las grandes corporaciones tecnológicas, garantizar la transparencia algorítmica y proteger los derechos de los consumidores y trabajadores de plataformas. Sin embargo, al situar el problema en el terreno de la competencia de mercado y la ética tecnológica, estas medidas trasladan la crítica del capital al plano de la circulación y del control simbólico, sin cuestionar la estructura de la producción digital ni la lógica de la extracción de plusvalor a través del trabajo de datos o la subcontratación global. Desde nuestra lente, la «regulación» de los gigantes tecnológicos equivale a un ajuste interno del capital a sus propias contradicciones, no a una ruptura con su racionalidad acumulativa.

Por poner otro ejemplo, el *Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia* adoptado por España en el marco del programa europeo *Next Generation EU* (2021-7) ilustra cómo la retórica de la «transición digital» opera como mecanismo de recomposición del capital bajo apariencia progresista. El énfasis en la sostenibilidad, la innovación y la economía de los datos —con financiación pública canalizada hacia grandes empresas energéticas y tecnológicas— no altera las relaciones de producción, sino que las refuerza, subordinando la inversión estatal a la rentabilidad privada.

Incluso las políticas europeas de protección de los trabajadores de plataformas —como la propuesta de Directiva sobre el trabajo en plataformas digitales²⁵ o la Ley *Rider*²⁶ en España (2021)— reproducen este dilema. Aunque introducen avances en derechos laborales y reconocimiento de la relación salarial, mantienen intacto el principio de subordinación del trabajo al capital. En lugar de cuestionar el modelo de acumulación basado en la externalización del riesgo y la captura de datos, en ausencia de un movimiento obrero independiente estas regulaciones se limitan a institucionalizar el trabajo digital precario como una nueva normalidad del capitalismo de plataformas.

25. Directiva (UE) 2024/2831 del Parlamento Europeo y del Consejo, de 23 de octubre de 2024, «sobre la mejora de las condiciones laborales en el trabajo en plataformas».

26. Ley 12/2021, de 28 de septiembre, «Por la que se modifica el Texto Refundido de la Ley del Estatuto de los Trabajadores, aprobado por el Real Decreto Legislativo 2/2015, de 23 de octubre, para garantizar los derechos laborales de las personas dedicadas al reparto en el ámbito de plataformas digitales», *Boletín Oficial del Estado* (B.O.E.), n.º 239, 29 de septiembre de 2021, pp. 10.188-10.190. (boe.es)

En conjunto, estas políticas muestran que el capitalismo europeo contemporáneo no evoluciona hacia un nuevo feudalismo, sino hacia una rearticulación del capitalismo bajo la hegemonía tecnológica y financiera, gestionada políticamente por diferentes formas de gobierno que oscilan entre la socialdemocracia y el fascismo. Desde nuestra posición como comunistas, el problema no radica en la insuficiencia de las regulaciones o de las transferencias, sino en su carácter funcional a la reproducción del capital: al presentar la precarización, la automatización o la concentración tecnológica como males corregibles mediante la intervención estatal, se oculta el hecho de que constituyen manifestaciones estructurales de la lógica de la valorización.

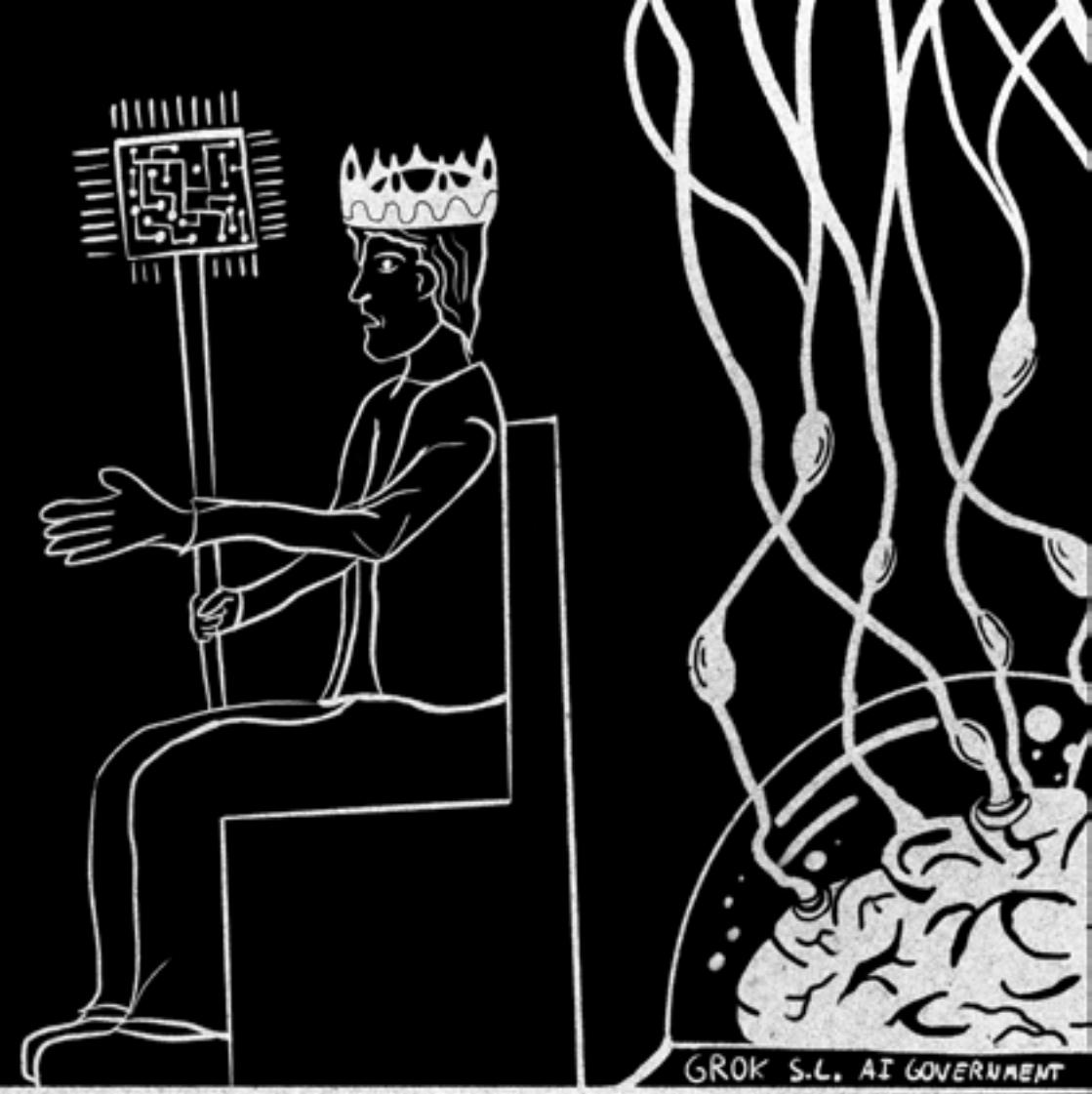
Es conveniente enfatizar que las nociones de neofeudalismo y tecnofeudalismo emergen como intentos contemporáneos de dar cuenta de las transformaciones del capitalismo en la era de la financiarización, la digitalización y la crisis ecológica. Ambas categorías buscan describir un orden económico y político en el que las lógicas de apropiación, dominación y dependencia parecen reconfigurarse bajo formas de servidumbre tecnológica o de vasallaje financiero. Sin embargo, estas interpretaciones presentan límites teóricos que, de una manera o de otra, ponen trabas a la hora de pensar la praxis revolucionaria.

El desafío que asumimos como comunistas no consiste en negar las transformaciones tecnológicas del presente, sino en reinscribirlas dentro de la lógica del capital, reconociendo que la dominación digital y la precarización global no son síntomas de su superación, sino de su perfeccionamiento. Frente a la dispersión posmarxista y la sentimentalización de la políti-

ca, la crítica marxista del valor y de la acumulación mantiene su vigencia como instrumento analítico y político: solo a partir de la comprensión de la clase trabajadora como sujeto histórico puede pensarse una transformación que no se limite a reformar la gestión del capital, sino que apunte a su superación.

En definitiva, mientras una teoría correcta de la crisis provee los fundamentos del partido marxista revolucionario y su proyección estratégica, las teorías del neofeudalismo son un nuevo equipaje teórico para una socialdemocracia radical decidida a seguir confinando sus luchas al ámbito de la redistribución, dejando intacto el núcleo de una producción que, mal que les pese, sigue siendo capitalista.





GROK S.L. AI GOVERNMENT

El campo de batalla del trabajo:

Radiografía de la siniestralidad laboral en el Estado español

POR MIKEL PALACIOS

Que uno se horroriza de las consecuencias de nuestro estado social tales como aparecen aquí en su desnudez, y ya no se asombra uno de nada, salvo de que todo este mundo loco no se haya desmembrado todavía.

—Engels, F., *La situación de la clase obrera en Gran Bretaña*

1. INTRODUCCIÓN

Aún resuenan las palabras desgarradoras de una de las viudas de los trabajadores que fallecieron en la explosión de una mina este año en Asturias. «¿Por qué? ¿Por qué no me dijiste que ayer era tu último día?».¹ Una pregunta que probablemente se repitiera hasta 796 veces el año pasado en el Estado español y 363 en los primeros seis meses de este año. Una pregunta que también se hace más de 300.000 veces anualmente en el mundo entero. Que se extiende a 3.000.000 de proletarios anualmente si contabilizamos aquellos fallecidos por enfermedades relacionadas con el trabajo.² Cualquiera podría pensar que las cifras corresponden a una guerra o una pa-

1. Para una crónica de lo ocurrido, véase AGUIRIANO, MARIO. «Murieron cinco mineros, Mirai», *Diario Socialista*, 2023.

2. Organización Internacional del Trabajo. *A call for safer and healthier working environments*, 2023. Concretamente, estima en 2.930.000 personas

demia; y en cierto sentido así es. Son víctimas de una guerra de clases larvada: aquella que el capital libra diariamente por controlar la vida de los trabajadores.

La sed de beneficios sobre la que se construye la sociedad capitalista tiene su contraparte en la sangre derramada por millones de proletarios. El capital es ese vampiro del que hablara Marx, que solo se reanima al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa.³ Y en el proceso asesina, amputa, deforma e incapacita a la clase productora. En este ensayo trataremos de analizar una de las expresiones más cruentas de la guerra social en la que se ve sumida nuestra clase: la siniestralidad laboral y, más concretamente, las muertes por el trabajo.

Podríamos definir la siniestralidad laboral como todo daño en la salud producido por el trabajo que se realiza, pudiendo distinguir entre accidente laboral y enfermedad laboral. El accidente de trabajo hace referencia a todo suceso que produzca una lesión derivada o relacionada con el ejercicio mismo del trabajo, incluyendo aquellos producidos en el trayecto de ida o vuelta del trabajo, mientras que la enfermedad laboral se considera aquella enfermedad contraída como resultado de una exposición durante un periodo de tiempo a factores de riesgo derivados del trabajo.

Como el concepto se refiere en todo momento a la relación que se tiene con el trabajo, es necesario rechazar la concepción que atribuye a las propias características del trabajo

muertas por causas relacionadas con el trabajo, 330.000 de las cuales víctimas de accidentes laborales.

3. MARX, KARL. *El Capital*, primer libro, capítulo VIII, Siglo XXI, Madrid, 2017, p. 297.

el grado de siniestralidad que posee. La existencia de empleos que llevan aparejados mayores riesgos laborales es un hecho. Que el riesgo implique un siniestro depende ya no del contenido de ese mismo trabajo, sino de las condiciones en las que este se ejerce. O lo que es lo mismo: son las relaciones concretas en las que se enmarca el ejercicio de una actividad lo que le atribuye su grado de peligrosidad. De ahí que haya empleos en países periféricos con un mayor grado de siniestralidad que ciertos sectores con mayores riesgos potenciales en países del centro imperialista. El núcleo de la cuestión es siempre las condiciones de producción: sistemas de organización y descanso, ritmos de trabajo, medios técnicos, sistemas de prevención, medidas de protección y seguridad, etc.

Como es evidente, el abordaje estadístico del fenómeno tiene grandes limitaciones. El reconocimiento del siniestro laboral depende de multitud de factores que anticipan su infravaloración sistemática. A nivel internacional, no se pueden obtener datos medianamente fiables sobre los daños en la salud que produce el trabajo. Desde la falta de formalización de las relaciones laborales de millones de trabajadores, la carencia de marcos jurídicos que regulen la problemática, la falta de sistemas de salud nacionales, la inexistencia de movimientos obreros o plataformas sindicales que defiendan las condiciones laborales o el escaso grado de desarrollo de los institutos estadísticos que analicen los sucesos reconocidos, el análisis de la siniestralidad laboral en una gran parte del mundo mostrará únicamente una parte residual de la barbarie en la que viven millones de personas diariamente. A nivel del Estado español, en cambio, sí se cuenta con unas bases legales que impongan al empresariado ciertas condiciones laborales, un sistema de salud nacional que reconozca gran parte de los

siniestros y un instituto estadístico que las analice: el Instituto Nacional de Seguridad y Salud en el Trabajo (INSST, de aquí en adelante).

Ahora bien, en el sistema de salud del Estado español hay una figura sobradamente conocida y profundamente odiada por muchos trabajadores que conduce a relativizar en cierta medida la precisión de los datos aportados: las mutuas. Todo aquel que haya tenido la desgracia de tratar con ellas es consciente de que forman parte del entramado burocrático de la clase propietaria. *En otras palabras:* que como gestores privados de la salud de los trabajadores son un enemigo abierto de clase.⁴ Un enemigo que contribuye a la falta de reconocimiento de muchas de las dolencias sufridas, que limita enormemente la visión real de la siniestralidad ligada a exposiciones crónicas y que manda de forma prematura de vuelta al trabajo a miles de trabajadores diariamente, con las consecuencias que acarrea.

Por todo ello, a pesar de aportar ciertos rasgos generales sobre la siniestralidad laboral en su conjunto, nos centraremos en analizar aquellos que, al menos en nuestro Estado, no escapan del registro: las muertes por accidentes laborales. No podremos tampoco hacer un análisis exhaustivo de las muertes vinculadas por enfermedades laborales al no haber un registro oficial sobre las mismas, dada la complejidad de su reconocimiento. La epidemia del amianto, de la que hablaremos más adelante, es una buena muestra de ello.

4. Y a las que a principios de 2023 a través de un nuevo pacto entre Gobierno —por aquel entonces conformado por PSOE y Unidas Podemos—, patronal y centrales sindicales se les concedió mayor poder en la gestión de contingencias comunes, con el fin de «reducir el número de procesos y duración» de las bajas por incapacidad temporal.

En lo que sigue, abordaremos primero tanto la evolución histórica general como la distribución internacional de las muertes relacionadas con el trabajo, mostrando su relación con la división internacional del trabajo, para continuar con un análisis más pormenorizado de los datos que aporta el INSST anualmente.

2. CRECIMIENTO, TU NOMBRE ES SUFRIMIENTO⁵

«*El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza*». Así describió Marx el alumbramiento del orden económico capitalista en el famoso capítulo sobre la acumulación originaria de capital. El saqueo y el desplazamiento, la desposesión y el sometimiento fueron los métodos que empezaría a grabar la burguesía en la naturaleza de la incipiente clase proletaria, mostrándole no solo cuál iba a ser su futuro más inmediato, sino su forma de existencia a partir de ese momento.

El desarrollo de las primeras industrias manufactureras provocó el desplazamiento forzado de parte de la población a las ciudades. Antiguos campesinos desprovistos de cualquier medio de vida más que de su fuerza de trabajo fueron condenados a venderla a cualquier precio, incluso aunque este estuviera por debajo de lo que su reproducción requería. Las primeras etapas de la industrialización capitalista formaron a una clase sometida a un régimen de hambre y desprotección

5. El título hace referencia a un artículo publicado en *The Asia-Pacific Journal* el 6 de agosto de 2013. En él Tian yu, obrera migrante de las zonas rurales de China, relataba su experiencia en Foxconn, empresa dedicada a la producción de productos electrónicos, entre ellos el iPhone, iPad, Kindle, etc.

en el que la intensidad de su explotación produjo un grave empeoramiento de sus condiciones de vida. Sobran los ejemplos. La tasa de mortalidad infantil en las ciudades industriales era prácticamente el doble que en las áreas rurales, la mortalidad de los hombres en edad de trabajar se disparó, las malformaciones eran la norma entre los trabajadores fabriles,⁶ la diferenciación creciente de las labores y la progresiva erosión de la economía familiar intensificó el trabajo infantil, las jornadas de trabajo rondaban las 14 horas diarias, se redujo el consumo de carne, se dispararon las enfermedades por las condiciones de salubridad tanto de las fábricas como de las viviendas en las que vivían hacinados.⁷ Tal fue el deterioro que la esperanza de vida en ciudades industriales como Derby en 1842 para un obrero era de 21 años. Para el mismo periodo, la esperanza de vida de la burguesía era de 49 años.

Otro de los cambios fundamentales que introdujo el desarrollo del capitalismo fue la forma de organización del trabajo.⁸ El proletariado no solo se veía obligado a vender su fuerza de trabajo; cedía también en ese mismo instante la propia forma en la que el capitalista organizaría los procesos de trabajo en

6. Es ilustrativo el testimonio de un peón de fábrica lisiado recogido en THOMPSON, E.P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Fondo Documental EHK, 1989: «Un peón de fábrica se puede reconocer con facilidad cuando anda por las calles; es casi seguro que tiene algunas articulaciones mal. O bien tiene las rodillas hacia adentro, los tobillos hinchados, un hombro más bajo que el otro, o es cargado de espaldas, el pecho hundido por ambos lados, o está deformado de algún modo».

7. HOBSPAN, ERIC. *Trabajadores, Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, 1979; ENGELS, FRIEDRICH. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, disponible en marxist.org; THOMPSON, E.P. *La formación...*

8. ORTEGA OLIVARES, MARIO. «Accidentes laborales, subordinación laboral y fatiga», *Administración y Organizaciones*, 10(20), 2008, pp. 77-101.

las fábricas. A partir de entonces, las fábricas se estructurarán al ritmo del beneficio y la máquina y los obreros se convertirán en un mero apéndice de esta última.⁹ La regularidad constante y el movimiento uniforme de la máquina se traducirá en el gesto repetitivo y monótono del obrero. Su jornada la estipulará el capitalista a su discreción, no teniendo a comienzos de siglo límite alguno. Las condiciones de trabajo se reducirán a aquellas que permitan al obrero realizar sus tareas, sin atender a sus consecuencias físicas, psíquicas o ambientales.

En cuanto al tema que aquí nos ocupa, el resultado es evidente: la siniestralidad laboral se disparó bruscamente. Traumatismos, amputaciones, cortes, inhalación de gases y directamente la muerte formaban parte del día a día de la clase trabajadora. Solo el desarrollo del movimiento obrero pudo ir progresivamente imponiendo restricciones a la libertad del capitalista. Las Leyes de Fábrica británicas, las leyes sociales de Bismarck, la jornada laboral de ocho horas o las leyes por accidentes de trabajo fueron concesiones arrancadas al capital a base de organización y combate. Suponen un triunfo transitorio y parcial de la acción política del proletariado sobre el capital, y constituyen la fuente principal del progreso de los últimos dos siglos.

Sin embargo, la extensión de ciertas medidas de protección y seguridad no ha adquirido un carácter de universalidad. Por un lado, por mucha legislación que se apruebe, la clase trabajadora seguirá sujeta al poder despótico de su empleador, que es quien decide en última instancia cómo se aplican esas medidas, o incluso si se aplican o no. Por no hablar de cómo el temor a perder el empleo empuja a muchos trabajadores a

9. MARX, K. *El Capital*, primer libro, capítulo XV, Siglo XXI, Madrid, 2017.

aceptar condiciones que ponen en riesgo su salud y seguridad. En un sistema basado en la propiedad privada, y por tanto en la extracción de beneficio, el crecimiento se sostendrá inevitablemente sobre la salud y el desgaste de la clase productora.

Por otro lado, la mejora en las condiciones laborales se ha restringido a ciertas capas del proletariado, principalmente ubicadas en el centro imperialista. Solo en aquellos países que ocupan las posiciones dominantes en la división internacional del trabajo encontramos una reducción generalizada de la siniestralidad laboral. La realidad en la que el desarrollo capitalista llevaba implícita la mejora sustancial del nivel de vida es ajena a una proporción inmensa del proletariado, concretamente a la que se ubica en la periferia capitalista. Los datos sobre las muertes en el trabajo son una buena muestra de ello.

El último informe con datos suficientemente detallados sobre la siniestralidad laboral en el mundo estima alrededor de 1.880.000 personas muertas por causas relacionadas con el trabajo en 2016, de las cuales 360.000 lo hicieron por accidentes en el trabajo.¹⁰ Conviene desgranar los datos.

El factor de riesgo ocupacional que más muertes genera al año es la exposición a largas jornadas de trabajo (≥ 55 horas por semana), provocando alrededor de 750.000 muertes anuales por enfermedades o ataques cardíacos; le siguen las

10. OIT. *WHO/ILO Joint Estimates of the Work-related Burden of Disease and Injury*, 2021. La gran diferencia con el dato que aporta el organismo en su informe de 2023 responde a la diferencia en las muertes por enfermedades relacionadas con el trabajo, por lo que puede deberse a una subestimación derivada del enfoque metodológico que adopta, al estudiar únicamente las muertes relacionadas con 43 factores de riesgo ocupacional.

muertes por exposición a partículas, gases y humo —alrededor de 450.000 muertes—, y finalmente los accidentes de trabajo —360.000 muertes—.

Las regiones con los índices de muertes por 100.000 habitantes más elevados son el sudeste asiático y el Pacífico occidental, zonas con una mayor presencia de jornadas laborales largas. Entre ambas, concentran dos de cada tres muertes relacionadas con el trabajo.

La edad donde se observan mayores tasas de accidentalidad es en edades tempranas; en cambio, las tasas de mortalidad se disparan en la población mayor de 55 años.¹¹

Dos tercios de las personas muertas trabajaban en el sector de la agricultura, la pesca, la construcción o la manufactura. Uno de esos tercios corresponde únicamente a la agricultura, siendo el sector con un mayor crecimiento de la mortalidad desde principios de siglo.

Aumentan las muertes relacionadas con el cambio climático: desde aquellos que mueren por radiación ultravioleta solar hasta las muertes por pesticidas y por contaminación del aire en el lugar de trabajo.¹²

11. Según OIT. *Safe and healthy working environments for all*, 2023, más del 85% de las muertes en 2019 eran personas mayores de 50 años.

12. Para un análisis más detallado: OIT. *Garantizar la seguridad la salud en el trabajo en un clima cambiante*, 2024. Para uno centrado en el caso español: SANTURTÚN, A., LOPES MORAES, S., FDEZ-ARROYABE, P, OBREGÓN, M., ALMENDRA, R. «Descriptive analysis of occupational accidents in Spain and their relationship with heatwaves», *Preventive Medicine*, vol. 175, 2023.

Los datos muestran cómo la siniestralidad golpea especialmente a aquellas regiones con una inserción internacional subordinada. En los países periféricos encontramos una mayor presencia de los sectores con mayores riesgos ocupacionales asociados —agricultura, industrias de bajo valor añadido, construcción, etc.—, una población ocupada más envejecida obligada a seguir trabajando por no contar con sistemas nacionales de pensiones, o una alta proporción de empleos en el sector informal —con la desprotección que lleva aparejada—. En definitiva, al ocupar una posición subalterna en el proceso de acumulación mundial, las condiciones laborales de los países periféricos son similares, al menos para una porción significativa de su población, a la de los países centrales en el siglo pasado.

El análisis internacional permite poner en duda uno de los mantras de la economía política burguesa: el desarrollo económico capitalista es sinónimo del desarrollo lineal de las condiciones de vida de la población. En este caso, sabemos que el desarrollo del capitalismo en el último siglo solo ha conseguido mejorar de forma parcial y restringida las condiciones de vida, desplazando hacia el Sur Global sus efectos más dolorosos. Someter al conjunto del territorio mundial bajo sus relaciones le ha permitido deslocalizar lo que forma parte de su funcionamiento normal hacia territorios con ingentes cantidades de población sobrante. Y, por encima de todo, pone de manifiesto uno de los rasgos que más caracterizan a nuestro tiempo: la brecha existente entre las posibilidades que aporta el desarrollo actual de las fuerzas productivas y las condiciones de vida es mayor que nunca.

3. RADIOGRAFÍA DE LA SINIESTRALIDAD LABORAL EN EL ESTADO ESPAÑOL

Traigo la camisa roja / tralalaralalá, tralalá / de sangre de un compañero.

Mira, mira Maruxina mira, / mira como vengo yo / de sangre de un compañero.

Santa Bárbara Bendita.

La historia de la siniestralidad laboral en el Estado español es la historia de la minería y la pesca; del amianto y el grisú; del pozo Santa Bárbara y del buque Villa de Pitanxo. Es la historia de otros tantos proletarios que sufrieron en sus carnes todo lo que el progreso tenía reservado para ellos. Con sus particularidades, replicó el modelo europeo de desarrollo económico, conflictividad y legislación.

Al igual que lo ocurrido en otros países décadas antes, el desarrollo industrial de la segunda mitad del siglo XIX implicó un agravamiento de las condiciones laborales y de las muertes en el trabajo. El joven movimiento obrero, el ejemplo de otros países europeos y las pésimas condiciones de vida de la clase trabajadora empujaron a las clases dominantes a dar una respuesta política. La Ley Benot, promulgada en 1873, marcaba el inicio del Derecho del Trabajo tratando de regular el trabajo de niños y mujeres en la industria y las minas. A lo largo del final de siglo y comienzos del XX, la intervención estatal se enfocó en la creación de distintos organismos administrativos que pudieran aportar una imagen de la situación real de las condiciones de trabajo —la Comisión de Reformas Sociales, luego renombrado como Instituto de Reformas Sociales en

1903, o la Inspección de Trabajo en 1906— y la promulgación de distintas leyes —Ley de Accidentes del Trabajo en 1900, Ley de Jornada de Trabajo e 1902, Ley de Descanso Dominical de 1904¹³—. La intensa actividad jurídica, en cambio, tuvo un escaso efecto real sobre la siniestralidad laboral en el corto y medio plazo, al centrarse principalmente en grandes empresas, no muy presentes en el tejido productivo.¹⁴

La dictadura franquista puso fin al breve conato de protección al trabajador iniciado por la II República, suponiendo un claro continuismo con las prácticas de principios de siglo. La combinación del régimen abiertamente antiproletario que fue el franquismo y la necesidad de impulsar un proceso de acumulación atrasado implicó el sometimiento más sangrante a las necesidades productivas del capital, disparándose las muertes en el trabajo —principalmente a partir de la década de los 50—.¹⁵ No fue hasta la década de los 70 que se hicieron planes nacionales orientados a la mejora de las condiciones laborales y la contención de la siniestralidad.

A finales de siglo, tras un repunte de la siniestralidad, encontramos una reducción drástica de las muertes en el trabajo, debido a dos razones principalmente: primero, el proceso de deslocalización y cierre de miles de empresas vinculadas a sectores con mayores riesgos ocupacionales; y segundo, la promulgación de la Ley de Prevención de Riesgos Laborales en 1995. Las muertes por accidentes de trabajo en las últimas dé-

13. ARCA, A., TENÍAS, J.M., SAIZ, C. «Los accidentes laborales en España en el siglo XX: recopilación de la normativa laboral», *Revista Crítica de Relaciones de Trabajo*, Laborum, 14, 2025, pp. 305-77.

14. GARCÍA GALÁN, A. *La siniestralidad laboral en España. 1900-2010. Un relato entre lo evidente y lo prioritario*, Tesis Doctoral UCM, 2015.

15. *Ibid.*

cadas se pueden resumir como sigue: en los 80 y 90, las muertes anuales superaban las 2.000; a comienzos de siglo, hasta la crisis, rondaban las 1.300-1.500; tras la crisis, el aumento del paro y, sobre todo, el desplome del sector de la construcción, eran menos de 500 las muertes anuales; por último, tras las sucesivas reformas laborales y el mayor dinamismo económico, vuelven a aumentar hasta alrededor de las 800 muertes anuales.

Antes de pasar a analizar los datos de las muertes por accidentes laborales de 2024, cabe recordar que no se están contabilizando aquí las muertes por enfermedades relacionadas con el trabajo. Según estimaciones de la OIT, en el Estado español mueren entre 8.000 y 8.500 personas anualmente por enfermedades laborales. Las dificultades para su registro impiden hacer un análisis pormenorizado de las mismas, pero basta poner uno de los ejemplos más conocidos por nuestra clase: el amianto. El amianto fue el material de construcción milagroso que todo capitalista quería: barato, versátil, fácil de manejar y relativamente accesible. Décadas más tarde de generalizarse su uso, se descubre su relación con la aparición de distintos tipos de cánceres. El balance es conocido y habitual: grandes beneficios para unos mientras nuestra clase se ve sumida en una de sus peores epidemias. Según cálculos de distintos sindicatos, hasta 2015 el amianto había sido responsable de la muerte de entre 75.000 y 125.000 personas; y entre 2010 y 2040, se estima que se sumen entre 45.000 y 55.000 muertes más.¹⁶ Queda más que claro que cualquier registro sobre las muertes por accidentes laborales infravalorará el impacto real del terrorismo patronal.

16. CC. OO. *El amianto hoy. Retos tras la prohibición*, 2011; CGT. *Campaña informativa de CGT acerca de la peligrosidad del amianto*, 2015.

	Muertes	% Total	Ocupación	% Total
Totales	833		21.857.800	
En jornada	679			
<i>In itinere</i>	154			
Sección actividad económica				
Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	86	10,3 %	736.900	3,4 %
Industrias extractivas y suministros	25	3,0 %	295.400	1,4 %
Industria manufacturera	119	14,3 %	2.624.200	12,0 %
Construcción	168	20,2 %	1.479.800	6,8 %
Comercio al por mayor y menor; reparación vehículos	76	9,1 %	3.166.700	14,5 %
Transporte y almacenamiento	157	18,8 %	1.231.000	5,6 %
Hostelería	31	3,7 %	1.842.800	8,4 %
Actividades administrativas y servicios auxiliares	48	5,8 %	1.131.700	5,2 %
Administración Pública y defensa; Seguridad Social obligatoria	39	4,7 %	1.441.200	6,6 %
Otros servicios	84	10,1 %	7.908.100	36,2 %
Grupo de ocupación				
Directores y gerentes	23	2,8 %	905.300	4,1 %
Técnicos y profesionales científicos e intelectuales	33	4,0 %	4.389.300	20,1 %
Técnicos; profesionales de apoyo	41	4,9 %	2.620.800	12,0 %
Empleados de oficina	40	4,8 %	2.180.000	10,0 %

Trabajadores de los servicios de hostelería y comercio, salud, cuidados y seguridad	80	9,6 %	4.602.500	21,1 %
Trabajadores cualificados en el sector agrícola, ganadero, forestal y pesquero	39	4,7 %	415.200	1,9 %
Trabajadores cualificados de la construcción, excepto operadores de máquinas	111	13,3 %	980.000	4,5 %
Trabajadores cualificados de las industrias manufactureras	78	9,4 %	1.392.400	6,4 %
Operadores de instalaciones y maquinaria fija, y montadores	41	4,9 %	542.700	2,5 %
Conductores y operadores de maquinaria móvil	182	21,8 %	1.072.100	4,9 %
Trabajadores no cualificados en servicios (excepto transportes)	43	5,2 %	1.534.300	7,0 %
Peones de la agricultura, pesca, construcción, industrias manufactureras y transportes	122	14,6 %	1.126.400	5,2 %
Edad				
Menores de 25	34	4,1 %	1.310.000	6,0 %
De 25 a 35 años	71	8,5 %	4.145.000	19,0 %
De 35 a 45 años	122	14,6 %	5.344.100	24,4 %
De 45 a 55 años	261	31,3 %	6.413.000	29,3 %
De 55 a 65 años	323	38,8 %	4.274.800	19,6 %
Mayores de 65	22	2,6 %	371.100	1,7 %

Tabla 1. Accidentes laborales mortales y ocupación por sección de actividad, grupo ocupacional y edad, 2024.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del INSST y de los microdatos de la Encuesta de Población Activa (EPA) del Instituto Nacional de Estadística (INE).

A lo largo de 2024 murieron 833 personas por accidentes de trabajo —68 más que en 2023—, lo que implica 2,5 muertes por día. Del total de esas muertes, 154 fueron *in itinere* (18,5% del total), esto es, en el trayecto de ida o vuelta al trabajo. En España el tiempo medio de desplazamiento al lugar del trabajo es de 36 minutos —una hora y doce minutos al día, alrededor de 18 días al año—. La progresiva concentración de la producción en grandes ciudades, la falta de inversión en medios de transporte públicos y el aumento del precio de la vivienda conducirá a elevar el tiempo del desplazamiento y, por tanto, a aumentar los riesgos de los accidentes *in itinere*. Es una muestra más del paradójico contraste entre la más absoluta planificación y disciplina en el interior de la empresa y la anárquica producción social que caracteriza al capitalismo, entre el control tiránico que se ejerce con el trabajador cuando actúa como parte del proceso de valorización y la más absoluta indiferencia hacia él cuando no lo hace.

En cuanto a su distribución sectorial, cuatro sectores —agricultura, industria manufacturera, construcción y transporte— concentran el 63,6% del total de muertes, cuando apenas representan el 35,5% del empleo total. Sectores que en su gran mayoría están engrosados por el proletariado más precarizado y desprotegido, con grandes riesgos asociados a la maquinaria utilizada, el trabajo en alturas o la exposición climática que sufren. Lo mismo ocurre si lo analizamos a través de los distintos grupos ocupacionales, que se agrupan en torno al tipo de actividad y la calidad de las condiciones laborales y salariales del empleo. Tres de los grupos concentran la mitad de los accidentes fatales, cuando únicamente representan el 14,6% del empleo. O lo que es lo mismo: aquellos sectores con una mayor flexibilidad en sus relaciones laborales son aque-

llos con una mayor exposición a los accidentes fatales —razón principal por la que aumentan las muertes laborales tras las sucesivas reformas laborales de la última década—.

Los datos corroboran lo intuitivo. Al igual que a nivel internacional, el análisis sectorial y ocupacional revela el grado de exposición al que se someten las distintas clases de la sociedad al fenómeno de la siniestralidad. Hay una sobrerepresentación del proletariado en las muertes por el trabajo, y concretamente de sus sectores más explotados: aquellos vinculados a sectores con una mayor prevalencia del trabajo físico y manual sobre el intelectual y una mayor presencia del proletariado migrante.¹⁷ Un fenómeno que no es intrínseco al propio trabajo que se ejerce, sino a la indiferencia criminal por la muerte y vida de quienes solo sirven, a sus ojos, como combustible de los procesos de valorización en los que se integran.

Otro de los aspectos centrales en el análisis de la siniestralidad es su distribución por edades. Mientras que son los jóvenes los que más accidentes sufren, son las personas mayores las más expuestas a la muerte en el trabajo. La razón es simple: el alargamiento de la vida laboral implica ejercer un mismo trabajo con menos capacidades físicas, menos reflejos y peor salud. Prolongar la edad en la que una persona está trabajando es exponerla a un mayor riesgo de morir en el trabajo,

17. RUBIALES-GUTIÉRREZ E, AGUDELO-SUÁREZ A. A., LÓPEZ-JACOB MJ, RONDA-PÉREZ E. «Diferencias en los accidentes laborales en España según país de procedencia del trabajador», *Salud Pública Mex* 2010, 52:199-206. Por ejemplo, en 2025, la agricultura y la construcción más de un tercio de los trabajadores son migrantes, siendo junto a los servicios vinculados al hogar, los sectores con una mayor presencia del proletariado migrante; o entre los grupos ocupacionales de los conductores y los peones, donde alrededor de un 47,0% de los trabajadores son migrantes.

de sufrir graves accidentes que puedan tener secuelas de por vida o de desgastarse lo suficiente para no poder disfrutar de un mínimo de calidad de vida tras la jubilación. Solo en este sentido se puede entender el carácter criminal de la reforma del sistema de jubilación aprobado el año pasado por nuestro querido Gobierno progresista.

Además, una de las cuestiones relacionadas con el alargamiento de la vida laboral es la duración media de las bajas laborales, tan manida para la criminalización de las clases trabajadoras. Sí, efectivamente, en las últimas décadas ha habido un aumento de la duración medias de las bajas laborales. Principalmente por dos razones: la saturación de los sistemas sanitarios nacionales, desprovisto de los medios suficientes para un trato de calidad a cada paciente, y el envejecimiento medio de la población ocupada. No hay ni un ápice de responsabilidad entre la clase trabajadora.¹⁸

Por último, no podríamos acabar sin recordar a quienes, sin llegar a fallecer, la relación con el trabajo les arruina la vida en forma de incapacidades sobrevenidas, amputaciones o lesiones crónicas. Los datos hasta ahora expuestos no dejan de ser la parte más visible y cruenta de un conflicto mucho mayor. Es la expresión más sangrante de los intereses irreconciliables entre los trabajadores y quienes se enriquecen con su

18. Algo que, por otro lado, estaría bien incluso si fuera cierto. Para quienes nos quieren dar ciertas dosis de moral, un dato: resulta curioso que el grupo con una mayor duración media de la baja sea el de Directores y gerentes, con una gran diferencia (52,3 días, frente a los 35,2 de media). Mientras que, por ejemplo, en los trabajadores asalariados de los servicios de restauración la media se sitúa en 27,1 días.

sacrificio. Pero son miles de trabajadores los que sufren consecuencias vitalicias del terrorismo patronal, la cadena perpetua a la que le sentencia el régimen de explotación burgués.

4. HACER FRENTE A SU BARBARIE

La imagen expuesta es aterradora. Millones de proletarios asesinados anualmente por un régimen de explotación que no tiene más que ofrecerles. El progreso capitalista no ha dejado nunca de ser la barbarie que lleva siglos denunciando el movimiento obrero. Además, las tensiones tanto nacionales como internacionales que llevan larvándose décadas parecen abrirse paso en una nueva época de crisis y guerras, lo que provocará un recrudecimiento aún mayor de las condiciones de vida del proletariado y, en concreto, del empeoramiento de las condiciones laborales. Lo que con casi toda seguridad implique un aumento de la siniestralidad laboral.

Hay quien pueda incluso desterrar el problema asumiendo que el trabajo implica necesariamente muertes. Pero una cosa debe quedar clara, que cierta inevitabilidad de unos pocos accidentes laborales no oculte una verdad central: hay una proporción no solo mayor, sino creciente, de las muertes por el trabajo que responden a la imposición de ritmos y condiciones de trabajo necesarias para la extracción de beneficio. ¿O acaso podemos desligar la explosión de la mina asturiana de la concesión pública otorgada al Grupo Cerredo y su objetivo de rentabilizarlo? ¿O la muerte de una trabajadora de limpieza pública en Barcelona del aumento de las olas de calor, jornadas extensas o alargamiento de la vida laboral? ¿O los millones de muertos anualmente en la periferia capitalista de las condiciones de ex-

plotación y subordinación que sufren? Y lo que es más importante, ¿cuántas de los millones de muertes anuales pueden evitarse con los medios técnicos de los que se dispone hoy en día?

Nuestra labor como comunistas debe consistir en la denuncia sistemática de la barbarie capitalista, en desenmascarar el dulce idilio que ha reinado en la economía política, que diría Marx. Debemos señalar a cada uno de los responsables de los asesinatos y recordar a cada víctima como miembros de nuestra clase.¹⁹ Tratar de que no caigan en el olvido.

La realidad es clara: una proporción mayoritaria de los accidentes de trabajo responde a una lógica de organización social que antepone la extracción de beneficios sobre la vida de millones de personas. Solo la organización consciente de la producción social permitirá la reducción de los ritmos y jornadas de trabajo, la disminución de la vida laboral, la ordenación territorial de los puestos de trabajo y residencias, la extensión de medidas de seguridad, protección e higiene o la superación de la división entre el trabajo manual e intelectual. En definitiva, es nuestra labor contribuir a la construcción del socialismo, entendido como la progresiva consumación de la capacidad de los productores para someter la producción a su control consciente y colectivo, socializando plenamente el trabajo social y fundando una sociedad comunista basada en el principio de «cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad».²⁰

19. Para ello, la prensa obrera del siglo XIX tenía secciones específicas de denuncia de muertes y accidentes laborales graves. El título del artículo —*El campo de batalla del trabajo*— recoge el nombre de una de esas secciones. Por esta y más razones el desarrollo de una prensa obrera con medios suficientes es una tarea fundamental para el movimiento revolucionario.

20. CJS. *El camino de la independencia política. Bases políticas de la Coordinadora juvenil socialista*, 2023.





«Me niego a ser optimista. Si el futuro nos pertenece, tendremos que hacerlo real con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo»

Entrevista con William Clare Roberts

William Clare Roberts saltó a la fama en el mundo del pensamiento marxista con la publicación de *Marx's Inferno: a Political Theory of Capital* (2017). Así como Virgilio condujo a Dante por los nueve círculos del infierno, argumenta Roberts, en *El Capital* Marx guía a sus lectores por las profundidades del *infierno social* capitalista. Si en la *Divina Comedia* encontramos lluvias heladas, sepulcros en llamas y ríos de sangre, el mundo infernal del capital nos ofrece violentas expropiaciones, vidas encadenadas al trabajo y una miseria que contrasta con la abundancia de las riquezas creadas por esa clase que lo produce todo sin llegar a poseer nada.

Más allá de las metáforas, *El Infierno de Marx* es un vigoroso intento de rescatar la dimensión política de *El Capital*, soterrada —al menos en el mundo académico— bajo décadas de lecturas crecientemente esotéricas que contrastan con las intenciones de un autor que esperaba haber escrito «el mayor misil jamás lanzado contra la burguesía». Así lo declara el propio Roberts, para quien las posibilidades objetivas para una política socialista se ven hoy lastradas por el hecho de que «las organizaciones políticas y económicas de izquierda están en caos, y no tienen un centro de gravedad teórico o táctico». Por ello, afirma, «es el momento preciso para releer la historia

del socialismo teórico y así volver a (y rehacer) sus principios básicos. Nadie es más importante, en este aspecto, que el propio Marx».¹

Esta fue, nos recuerda Roberts, la intención original de Marx: dotar de bases científicas a la lucha del proletariado por su emancipación, disolviendo aquellos «socialismos» moralistas y utópicos que se movían entre la impotencia y la complicidad inconsciente con el mismo mundo que decían querer destruir. Armado con la ciencia cuya necesidad muestra su propia lucha, el proletariado podrá destruir ese mundo de dominación que es el infierno social capitalista, sustituyéndolo por una «asociación de individuos libres».

En los últimos años Roberts ha seguido profundizando en cuestiones teóricas centrales para la política marxista. Sus dos monografías en proceso —tituladas *A Radical Politics of Freedom: Domination, Ideology, and Self-Emancipation* y *Universal Emancipation and History: The Making and Unmaking of «History From Below»*— sintetizarán este trabajo. Un trabajo, por cierto, que no puede desligarse del compromiso de Roberts con la causa palestina, en el centro de su vida desde el comienzo del genocidio. Hace escasos meses, unos mensajes de apoyo a la resistencia le valieron una campaña de difamación y acoso que buscaba expulsarle de su centro de trabajo. De esta y otras cuestiones hablaremos hoy con Will.

* * *

Empiecen por lo más urgente: Palestina. ¿Cómo evalúas la situación actual y lo que ha sucedido durante estos dos años de genocidio?

1. ROBERTS, WILLIAM CLARE. «Más Marx's Inferno», *Sin Permiso*, 2018.

Creo que la situación de los palestinos consta de dos aspectos. Por supuesto, el proyecto de construcción estatal israelí siempre se ha erigido sobre la voluntad y el deseo de que los palestinos no existan, de que Palestina sea «una tierra sin pueblo». Esta es una constante. Pero el sionismo también ha estado siempre comprometido con hacer de Israel una nación normal entre naciones, aceptada en el orden europeo y atlántico, y a menudo esto ha contenido parcialmente sus acciones y políticas contra los palestinos. El grado en que Israel ha *abandonado toda contención* desde el 7 de octubre de 2023, por lo tanto, no refleja tanto un cambio en la actitud de Israel hacia el pueblo palestino —la limpieza étnica ha sido siempre parte de la misión del sionismo, y las fantasías genocidas están inscritas en lo anterior—. Lo que ha cambiado, en mi opinión, es la *disposición* de Occidente, ahora abierto a complacer los impulsos más oscuros de Israel. Y este cambio en lo que Occidente puede apoyar y tolerar públicamente indica algo importante sobre el desarrollo del orden mundial.

El modo de producción basado en el trabajo asalariado —el capitalismo— ha hecho posible alimentar, vestir y dar techo a 8000 millones de personas, incrementando ampliamente las capacidades del planeta. Sin embargo, también ha concentrando un grado de riquezas y poder político-militar con el que hasta ahora no se habría podido ni soñar en manos de una pequeña minoría, y ha impulsado un proceso de desarrollo científico y tecnológico que ha convertido a buena parte de la población planetaria en población «económicamente sobrante». Podemos alimentar a 8000 millones de personas, pero el capital solo puede emplear a un total aproximado de 2000 millones en formas de producción rentables. El proceso de desarrollo industrial también ha alterado la regulación homoestá-

tica del clima del planeta, desatando una dinámica ascendente de cambio climático que ya está impulsando —e impulsará de forma creciente— a esta población económicamente sobrante a procesos migratorios precarios a gran escala, en la búsqueda de un acceso seguro a medios de subsistencia.

Tradicionalmente se creía que los desposeídos no tenían nada que ofrecer a la sociedad más que su trabajo y su progenie. Hoy, los señores del Estado y el capital están cada vez más convencidos de que ciertos desposeídos no valen para nada ni al Estado ni al capital —su trabajo no es necesario y sus hijos e hijas son una amenaza—. De ahí que la política de Israel hacia el pueblo palestino —matar de hambre, confinar, masacrар, expulsar— no sea un remanente atávico de un tipo de nacionalismo ya extinto (como ha argumentado, por ejemplo, Ussama Makdisi), sino un anuncio del único futuro que nuestras clases dominantes ven compatible con la continuidad de su poder. Considero que esto explica la luz verde oficial de Occidente a la campaña genocida de Israel: acorralar y exterminar poblaciones no deseadas es algo que está en mente de nuestros gobernantes.

Tus mensajes de apoyo a la resistencia palestina dieron lugar a una fuerte campaña contra ti. También generaron críticas desde algunos sectores presuntamente progresistas. ¿Cómo explicarías ese apoyo? ¿Qué opinas de las reacciones que suscitó y la represión general contra la solidaridad con Palestina?

La respuesta mainstream a cualquiera que promulgue el apoyo económico y militar a la resistencia palestina está, por supuesto, impregnada de racismo antipalestino y de los prejuicios antimusulmanes que han sido tan cultivados por liberales y conservadores —y también ciertos izquierdistas!—

desde el mismo final de la Guerra Fría. Pero también refleja algo más contumaz: la incapacidad o la falta de voluntad para comprender y evaluar el mundo en términos que no sean los de un moralismo y un legalismo que se abstrae de las relaciones de dominación existentes. Se nos pide que evaluemos el conflicto entre Israel y Palestina como si se tratara de dos partes iguales ante la ley, cada uno con sus quejas, que deben ser juzgados en función de sus intenciones y actos.

Así, se nos dice que el ataque de Hamás es una prueba de su voluntad genocida, y se nos dice también que, dado que Israel no ha lanzado una bomba nuclear sobre Gaza, claramente se están conteniendo y no son genocidas. Esto no tiene el menor sentido. Israel y Hamás no son dos partes iguales enfrentándose a la ley. Israel es un Estado colonial de asentamiento que posee un poder abrumador de dominación sobre el pueblo palestino. Hamás es —con independencia de lo que uno piense sobre su ideología y sus actos— un movimiento de liberación nacional que busca emancipar a los palestinos de la dominación israelí.

Hamás es también precisamente el tipo de movimiento de resistencia que es esperable encontrar en condiciones de dominación como las que afrontan los palestinos. No tiene por qué gustarte para reconocer que Occidente, en plena cooperación con Israel, ha generado las condiciones para su desarrollo. Solo una igualación de la asimetría de poder entre Israel y Palestina puede abrir el camino para negociar una transición pacífica hacia una Palestina libre. Pero la demonización del esclavo rebelde es más que habitual, de modo que Hamás es demonizado igual que Nat Turner y el Ejército por la Libertad y la Tierra de Kenia fueron demonizados.

Lo cierto es que, en todo Occidente, el bloque político burgués que va desde la socialdemocracia hasta la ultraderecha tiene importantes disensos sobre la cuestión palestina, pero todos ellos se sostienen sobre un consenso común de fondo: el Estado colonial sionista tiene derecho a existir y los palestinos no tienen derecho a la resistencia armada. Hace poco, un famoso político progresista catalán afirmó que «ninguna idea puede ser defendida por medio de las armas». ¿Qué le responderías? ¿Qué opinas de este consenso?

Esta clase de perspectivas no reflejan más que la muy provinciana postura de quienes las enuncian, que imaginan que todos vivimos ya en un mundo de igualdad de derechos —una República Global de las Letras— y que solo debemos actuar en consecuencia. Esta clase de «progresista» lleva siglos con nosotros, y seguirá con nosotros mientras siga habiendo una audiencia de gente autosatisfecha dispuesta a pagar por escuchar que no hacer nada es realmente la opción práctica más virtuosa.

Personalmente, no le habría respondido recurriendo al derecho a la resistencia armada. En lugar de poner ahí el énfasis —los derechos inaplicables son poco más que deseos, y la dominación es, en general, una condición de ausencia de derechos—, prefiero hacer hincapié en el hecho de la resistencia. Los palestinos no tendrían que recurrir a la resistencia armada si tuvieran el poder de resistir de forma no violenta, o si sus protestas verbales fueran suficientes. La mayor parte de la gente quiere ser libre. La gente intentará liberarse. Y nosotros podemos ponernos en su camino o ayudarles.

También has afirmado que te sorprende lo lejos que están de Lenin y su comprensión del imperialismo de muchos «antimperialistas» actuales. ¿Podrías desarrollarlo?

Esta no es una postura que haya elaborado mucho, sino simplemente una observación. El imperialismo para Lenin implicaba guerra constante entre poderes estatales por el acceso a materias primas y mercados. Era, a su juicio, una condición general en la que se encontraban los Estados capitalistas, y al mismo tiempo un imperativo permanente para ellos, con independencia de que fueran grandes poderes como Gran Bretaña o Estados de tercera como Italia. Para al menos algunos «antimperialistas» contemporáneos, empero, el imperialismo parece interpelar solo al bloque dominante de poderes capitalistas —el bloque liderado por EE. UU.—, mientras que otros bloques menores —como los BRICS, por ejemplo— son presentados como antimperialistas por su resistencia a la hegemonía de EE. UU. o la OTAN. Sin embargo, Lenin no defendió tomar partido por poderes menores o secundarios contra los poderes mayores, no más de lo que hubiera defendido tomar partido por la Royal Dutch Shell contra la Standard Oil. Tampoco consideraba que la multilateralidad estuviera en tensión con el imperialismo. La multipolaridad, por el contrario, es el estado natural del imperialismo, al menos en su concepción. Todo esto parece muy alejado de gran parte del antimperialismo contemporáneo, pese a que muchos antimperialistas se consideren leninistas en algún sentido. Hice esta observación como mera curiosidad; no he estudiado el tema a fondo.

Con esto ya nos internamos en cuestiones más teóricas, que si no me equivoco están muy vinculadas a tus trabajos actuales. ¿Qué podrías decirnos sobre los dos libros que tienes en marcha?

Sí, estoy trabajando en dos proyectos de libro. El primero, que espero terminar en los próximos meses, se titula *La política radical de la libertad*. Es un intento de rastrear lo que considero

que son los hilos comunes que atraviesan los proyectos de autoemancipación colectiva, así como de reconstruir la tradición teórica que está comprometida con la noción de que la emancipación universal llegará a través de la autoemancipación de los dominados. Este trabajo de reconstrucción requiere clasificar algunos conceptos básicos en los que el pensamiento político radical se apoya, pero no siempre analiza o explica con detalle: poder, dominación, control, emancipación, auto-determinación, ideología, etc. Este proyecto de libro, por lo tanto, se mueve entre el trabajo de reexaminar textos de la historia de las tradiciones radicales y el de entrar en discusiones con la teoría política contemporánea sobre el sentido y las implicaciones de estos conceptos básicos.

Y por otro lado está, por ahora en segundo plano, un proyecto sobre la «historia desde abajo». Está estrechamente ligado a lo anterior, dado que la «historia desde abajo» —o «historia popular»— emergió desde la convicción radical, y específicamente marxista, de que la historia está moviéndose hacia la emancipación universal y que las luchas autoemancipatorias de aquellos que están abajo en el orden social son el motor de este movimiento. Estoy convencido de que la «historia desde abajo» fue un laboratorio de desarrollo conceptual para las ciencias sociales críticas en general, y de que trazar su recorrido —desde Marx a los Estudios Subalternos y de ahí a las *Midnight Notes*, etc.— es una vía prometedora para exponer la historia de los conflictos internos a la izquierda y la dialéctica de desarrollo y declive que ha afectado a la izquierda académica y extracadémica. Este proyecto ha dado lugar a un par de ensayos —sobre la historia de la Comuna de París de Prosper Olivier Lissagaray y sobre C. L. R. James—, pero pasarán algunos años más hasta que se convierta en un libro.

Y con esto entramos en una cuestión de fondo. Has afirmado en alguna ocasión que tu trabajo sobre Marx está motivado por el hecho de que la izquierda actual está fragmentada y desorientada y necesita volver a recuperar los principios básicos —teóricos y políticos— del socialismo. ¿En qué sentido has intentado contribuir a ello?

No pretendo tener ningún gran conocimiento que impartir, de modo que si mi trabajo ha contribuido en alguna pequeña medida a la autoclarificación teórica y política de la izquierda solo ha podido ser a través de la exteriorización de mis propias confusiones y dudas. En toda mi obra he tratado de ser sincero sobre aquello que en mi opinión carece de sentido.

Algunas de estas dudas y confusiones son notablemente académicas. Mi trabajo sobre *El Capital* de Marx, por ejemplo, estuvo impulsado por mi incapacidad para entender por qué el volumen uno está estructurado como lo está, y también por mi confusión sobre cómo las alusiones a Hegel supuestamente clarificarían esa estructura. Pero otras de mis confusiones y dudas se abren inmediatamente a preguntas teóricas y políticas. ¿Cómo llegó el concepto de ideología a significar algo tan radicalmente diferente en la tradición marxista de lo que significaba para Marx? ¿Cómo podemos decir si un pueblo se ha autodeterminado o no? ¿Por qué el análisis de los actos atrae un escrutinio mucho más detallado que la posesión del poder? He intentado progresar un poco en estas cuestiones que tan desconcertantes me resultan, con la esperanza de que desenredar mis confusiones pueda ayudar algo a otros.

Es curioso, por cierto, cómo gran parte de la marxología contemporánea parece estar de acuerdo con el anticomunista Kolakowski en que Marx era, ante todo, un filósofo alemán. Nosotros preferí-

mos pensar que lo que da coherencia a la vida de Marx es entenderlo como un revolucionario europeo. Creemos que tu trabajo va en esta dirección, al demostrar cómo incluso el más teórico de los trabajos de Marx contiene una polémica con otras corrientes del socialismo europeo. ¿Cuáles serían las versiones contemporáneas de las corrientes con las que tuvo que combatir Marx?

Creo que esta confusión emana del hecho de que la política revolucionaria de Marx era mucho más teórica de lo que lo era la política de muchos de sus competidores en el campo revolucionario. Sin embargo, teoría no significa filosofía. El aspecto teórico de la política de Marx no es una cosmología o una filosofía de la historia, sino una teoría social de grandes dimensiones que se ocupa de las dinámicas más o menos previsibles de las sociedades dominadas por el modo de producción capitalista. Este tipo de teoría demanda tanto de investigación empírica como de análisis abstractos sobre cómo las prácticas humanas interactúan y mutan, bien a través de la interacción con otras prácticas, bien por medio de la agregación —con cambios cuantitativos que dan lugar a cambios cualitativos—. Esto tiene cierta similitud con partes de la obra de Hegel, y es indudable que Marx introdujo en su política un enfoque académico y sistemático que le debe bastante —aunque no con Hegel como filósofo, sino como científico social—.

En el mundo actual, igual que en el siglo XIX, la mayoría de las personas que se ven atraídas hacia la política revolucionaria no están especialmente inclinadas hacia el estudio científico y teórico de la sociedad —¡y viceversa!—. La política revolucionaria es atractiva para aquellos que están llenos de horror moral ante el mundo que los rodea, que sufren y están

furiosos, que están impacientes por hacer algo —o, también y por desgracia, para aquellos con delirios de grandeza sobre su importancia histórico-mundial—. Existe, por tanto, una tendencia a confiar en falsas soluciones fáciles de un modo u otro. Los dos polos del radicalismo de soluciones fáciles son el moralismo de quienes quieren construir aquí y ahora instituciones nuevas y puras —bancos de trabajo, comunas separatistas, cooperativas, etc.— y la sed de sangre de aquellos que quieren cargarse a un par de tiranos o quemar a un par de capitalistas. Estos dos polos tienen tanto representantes decimonónicos como contemporáneos.

En tu obra has destacado la importancia del republicanismo para Marx. En el Estado español algunas voces que han defendido una tesis parecida tienden a asimilar a Marx al republicanismo burgués, mientras que tú demuestras que entre ambas posturas existe una diferencia radical. El republicanismo de Marx es socialista y revolucionario. ¿Podrías desarrollar esto?

«Republicanismo» ha significado muchas cosas. El reciente libro de Bruno Leipold, *Ciudadano Marx*, es una guía esencial para entender las muchas corrientes de republicanismo —constitucional, burgués, democrático, radical, socialista, etc.— que existían en y alrededor del mundo de la política del siglo XIX en el que vivía Marx. El propio Marx recorrió numerosas fases en su actitud hacia el republicanismo y su relación con este.

Creo que esta multiplicidad de «republicanismos» emerge en gran medida de desacuerdos sobre la naturaleza de la economía de mercado y el Estado moderno. Para muchos republicanos, la unión de (1) un Estado moderno que monopoliza el uso de la violencia y somete a sus súbditos a una regulación

legal y (2) una economía de mercado en la que la gente incurre en intercambios voluntarios, estando ausente la coerción, realiza plenamente el ideal de la «libertad con respecto a toda dominación». De acuerdo con estos republicanos, que la riqueza ya no esté directamente vinculada a la fuerza armada implica que nadie debe temer la concentración de poder económico, y el imperio de la ley significa que ya nadie debe temer la concentración de poder coercitivo. Esta es la caracterización básica del republicanismo *burgués*.

El republicanismo de Marx era muy diferente en tres sentidos. En primer lugar, Marx no creía que la separación del poder económico del poder coercitivo pudiera hacerse real jamás. El Estado no estaba al margen de la concentración de riqueza en la sociedad, sino que dependía de esa riqueza y tendía a usar su poder militar de cualquier modo que permitiera protegerla o aumentarla. En segundo lugar, la economía de mercado no era una esfera en la que la dominación estaría ausente, donde todo el mundo confrontaría a los demás como iguales sin nada que temer, sino una esfera centrada en el mercado de trabajo, en el cual el miedo al hambre, a la exclusión social y a la miseria más absoluta empujarían a los desposeídos a las garras de los ricos. Por último, la economía de mercado era global mientras que el Estado político era local, y este desajuste significa que el poder político siempre está persiguiendo al poder económico e intentando reapropiarse de riquezas que a menudo se le escapan: salvajes desigualdades en términos de desarrollo global, guerras de conquista colonial y captura de recursos, fugas de capital y grandes migraciones laborales —nada de lo anterior puede conceptualizarse desde el marco burgués—.

Por consiguiente, en lugar de tratar de separar y concentrar el poder económico y militar, Marx defendió dispersar ambos lo máximo posible entre el pueblo: desarticular el ejército y la burocracia estatal y dispensar armas y funciones administrativas al proletariado; que las fábricas pasaran a ser democráticamente gestionadas por los trabajadores. Esto todavía es republicanismo —tiene por objetivo abolir o minimizar la dominación—, pero opera sobre una teoría social diferente —una comprensión distinta de cómo el mercado y el Estado operan e interactúan— y, por ende, pretende institucionalizar la libertad por medios radicalmente diferentes.

Una parte fundamental de tu trabajo es la insistencia en que para Marx la construcción de instituciones que generen relaciones de no-dominación entre sus miembros es crucial. Tú te has centrado en su concepción de la sociedad comunista como «asociación de productores libres», pero la misma lógica está presente en su concepción del Estado-Comuna. El Estado-Comuna permite dominar la propia dominación de clase, imponiendo el gobierno del pueblo trabajador sobre los explotadores y subordinando el Estado a la mayoría trabajadora.

Considero extremadamente importante separar dos cuestiones. Por un lado, está la cuestión de cómo sería una «asociación de productores libres». Esta cuestión apunta a las instituciones que regirían una sociedad libre y universal. Pero, por otro lado, está la cuestión de «dominar la dominación». Esto apunta a la vieja cuestión de la transición. La dictadura del proletariado —o la dictadura de la democracia, como preferían llamarla Luxemburgo y los socialrevolucionarios de izquierda— es la organización del poder político con vistas al desmantelamiento de las estructuras de dominación social.

Estamos ante cuestiones diferentes y no hay motivos para esperar que las instituciones de la libertad universal sean idénticas a las instituciones orientadas a desmantelar la dominación. Pero, por supuesto, existen sobrados motivos históricos para preocuparse de que las instituciones orientadas a desmantelar la dominación degeneren ellas mismas en instituciones de dominación.

No hay una salida fácil a lo anterior. No me convencen la propuesta de la ultraizquierda y la Nueva Izquierda que aboga por una política prefigurativa ni la de los abogados del «Estado popular, que nunca se equivoca». La teoría de la transición es ineludible y está repleta de problemas espinosos, y debe, en mi opinión, ser completamente repensada como una teoría de la emancipación: ¿cómo pueden las masas construir contrapoderes bajo la dominación que pudieran convertirse en poderes contra y sobre la dominación sin trocar simplemente en nuevos poderes de dominación? No pretendo tener ninguna respuesta convincente aquí.

¿Qué necesitamos para volver a orientarnos en esa dirección, en una época en la que el reformismo sigue siendo hegemónico en nuestro campo? En un texto de respuesta a David Harvey, señala algo interesante: «La juventud está muy desencantada con el capitalismo y con el orden establecido posterior a la Guerra fría». ¿Estamos viendo una ruptura generacional, con unas nuevas generaciones mucho más abiertas al socialismo?

Bueno, sí creo que las generaciones más jóvenes están más abiertas al socialismo. ¡Pero también están más abiertas al fascismo! El orden de la posguerra fría —el Fin de la Historia y todo eso— está resquebrajándose a nuestro alrededor, pero, al contrario que hace un siglo, cuando la organización de la

producción y del proletariado industrial fue convincentemente construida como una nueva sociedad que maduraba bajo el cascarón crujiente del viejo orden, nadie sabe dónde podemos encontrar la alternativa. Todo está en un momento de flujo e inestabilidad. Si un socialismo regenerado va aemerger como un verdadero contendiente en la lucha por construir el futuro, necesita un portador. La producción industrial a gran escala no es la ola del futuro, y el sector servicios no es un terreno amigable para la organización de masas. La migración climática y las crisis de refugiados no van a hacer más que crecer. Esto genera un terreno fértil para el descontento, pero aún no hemos demostrado que sea un terreno fértil para una alternativa socialista. El próximo siglo podría ser mucho peor que el anterior. Me niego a ser optimista. Si el futuro nos pertenece, tendremos que hacerlo real con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo.

Muchas gracias, Will. Por la entrevista, claro, pero también por dar ejemplo ante la cobardía general de la Academia con la cuestión palestina.

Muchas gracias a vosotros por estas preguntas tan sugerentes y bien pensadas. Espero haberlas respondido de forma aceptable.

